

# Bajo el volcán, toma uno

Juan José Hoyos



3

Fredy Serna. *La tienda*. Lápiz Mirado 2 sobre cartulina. 1988

¿No es cierto que cuando uno acaba de leer un buen libro y cierra sus hojas, siente un poquito de tristeza y, tal vez tratando de volver eterna esa conversación misteriosa y cargada de amor y de silencio que es en verdad una lectura, a veces hasta quisiera llamar al autor por teléfono? A mí me ha pasado varias veces. Una de ellas fue cuando acabé de leer *Bajo el volcán*, la novela de Malcolm Lowry. Él estaba muerto hacía más de veinte años. Entonces busqué una foto y le hice un altar. La historia de la novela sucede un dos de noviembre, el día

de los muertos, en Cuernavaca, muy cerca de Ciudad de México. Y un dos de noviembre le prendí velas al altar. Un amigo que fue a visitarme miró las velas, me miró a mí y se fue a los cinco minutos sin hablar.

Estoy seguro de que no soy el único al que le han pasado esas cosas con *Bajo el volcán*. A una amiga, los ladrones le vaciaron la casa un fin de semana y lo único que no le robaron fue ese libro. Se lo dejaron intacto, sobre el piso. Se ve que no solo eran ladrones honrados sino buenos lectores. Marco

Antonio, otro amigo que quiero mucho, cada dos de noviembre tiene permiso de María Soledad para perderse por las calles de Caldas y hacer todas las ceremonias que quiera, solo o acompañado, en memoria del Cónsul. Tanto para él como para mí, el día de los muertos es nuestro Bloomsday.

Confieso que mi amor por Malcolm Lowry es un poco enfermizo. Tanto, que un día no aguanté más y fui hasta Cuernavaca en busca de él, como si todavía estuviera vivo tomando mezcal en una cantina de México. Por supuesto que como los periodistas sólo viajamos a otros países en las películas, no fui por mis propios medios: aproveché una invitación a una feria del libro de la Universidad Autónoma de México. Apenas tuve un día libre, fui a una estación de buses y compré un pasaje para Cuernavaca. Me acompañaron dos amigos mexicanos a los que les dio miedo que me atracasen en el camino: pobrecitos, se ve que no saben dónde está Colombia en el mapa ni conocen el talento nacional. Yo fui el que los tuve que cuidar.

Mi primer susto me lo llevé cuando el carro llegó a la misma estación de autobuses donde el Cónsul fue a despedir a Yvonne por última vez. Allí me recibió un afiche inmenso de la Oficina de Turismo de la municipalidad con un letrero que decía: “¡Bienvenido a la ciudad de la eterna primavera!”. Me sentí como un personaje más de la novela de Lowry que empezaba a vivir su propia pesadilla. ¿De modo que había viajado durante dos semanas a más de tres mil kilómetros de mi país para bajar de un bus en una ciudad como la mía? ¿El paraíso perdido del Medellín de la eterna primavera? Lo primero que hice para calmar los nervios fue buscar una venta de licores y comprar una botella de mezcal, como hacía

el Cónsul cada mañana. Lo compré marca Tizoc, con gusano, destilado y envasado en Oaxaca, como dicen que le gustaba a Lowry. Antes de volver a pisar la calle me tomé el primer trago. Mis amigos me dijeron que tuviera cuidado, que el mezcal producía alucinaciones. Yo no les hice caso y me perdí en Cuernavaca en busca de las calles, las plazas, los teatros y las cantinas donde sucedió la historia de *Bajo el volcán*. Cuando atajaba a la gente para preguntar por El Farolito, me miraban como si fuera un marciano. Nadie había oído hablar de Lowry, ni de la novela, ni mucho menos del Cónsul. Mis amigos, un poco apenados, me llevaron a una librería. No había ni un solo ejemplar de *Bajo el volcán*. Entonces decidí comprar un mapa turístico de Cuernavaca. Nos sentamos en una cantina de la plaza principal a tratar de descubrir los lugares. ¡Qué tristeza! Por ningún lado figuraban ni la cantina de Bustamante, ni el teatro donde estaban presentando *Las manos de Orlac*, con Peter Lorre. El Palacio de Maximiliano estaba cerrado, por ser lunes. Solo estaba abierto una especie de museo con un nombre triste, que me sirvió para comprender lo que estaba sucediendo. Se llamaba La Casa del Olvido...

Me tomé otro trago de mezcal puro de Oaxaca, sin acordarme del gusano, y mis amigos pidieron un par de cervezas. Yo les dije, mostrándoles en el mapa La Casa del Olvido: “Aquí es donde estamos”. Ellos se miraron perplejos y yo me dije: no me puedo dejar derrotar por la tristeza. Y después de echarme entre pecho y espalda otro mezcal, me levanté de la mesa y me fui solo por la avenida principal en busca de Malcolm Lowry. Un policía que estaba dirigiendo el tráfico me dijo, entre pito y pito, que no sabía dónde quedaba nada pero que por ahí cerca había un ho-



Fredy Serna. *Gran-eros*. Acrílico sobre lienzo. Tríptico. 170 x 270 cm. 1993

tel que tenía un nombre de un volcán. Yo me fui solo, esquivando los camiones, y a las dos o tres cuadras vi a lo lejos un letrero que me puso a temblar: “Hotel Bajo el Volcán”. En menos de dos minutos estaba en la puerta. No tuve necesidad de guías para reconocer la casa del Cónsul, a pesar de que le habían tumbado la mitad de la fachada para construir una *boutique*. Adentro, la casa donde el Cónsul e Yvonne vivieron su infierno estaba intacta. Era un hotel de paso, para excursionistas gringos con camionetas Ford Explorer de alto cilindraje. Pedí permiso para recorrer la casa y, como aconseja San Ignacio de Loyola, me fui directo al baño. Apenas abrí la llave del agua, mi mano se me quedó pegada de la llave, como si me hubiera electrocutado. Me costó varios minutos despegarla. Pensé que el Cónsul estaba allí en una de sus mil noches de insomnio y de agonía. No

fui capaz de orinar. Me sentía como profanando un lugar sagrado.

Cuando salí del baño, descubrí en el fondo de la casa el patio y la piscina donde Yvonne se bañó ese dos de noviembre en que regresó a Cuernavaca en busca de Lowry y lo encontró, como todos los días, borracho, en una cantina. En ese momento me di cuenta de que mis amigos mexicanos me habían seguido de lejos, en silencio. Sin siquiera mirarlos, me fui como un rayo hasta la piscina, me arrodillé y metí la mano en la misma agua azul donde Yvonne se había bañado mientras el Cónsul, encerrado en su cuarto, luchaba por afeitarse mientras las manos le temblaban. Después, como si estuviera junto a la pila de agua bendita de una iglesia, me eché la bendición. Las carcajadas de mis amigos me devolvieron a la realidad: estaba en Cuernavaca, eran las doce y media del

día y los empleados del hotel estaban a punto de llamar a la policía. Me tomé otro trago de mezcal.

La historia terminó con un almuerzo episcopal en mitad del patio y con dos o tres incidentes más: el hallazgo del teatro, de la cantina de Bustamante, del parque de diversiones donde daba vueltas la rueda infernal...

Pero déjenme que les cuente otro día el resto de la historia, porque ahora estoy celebrando con un tequila la primera toma de la película que Ignacio Ortiz Cruz empezó a rodar en Oaxaca. Se llama *Mezcal* y está basada en la novela de Lowry. No he visto ninguna película de él, pero sé que ha ganado los premios de cine más importantes de México. Además, antes de dar la orden de empezar a rodar, dijo que *Mezcal* era la historia de la vida de seis personas habitadas por la culpa y por el dolor, que se encuentran en El Farolito un dos de noviembre para hablar de sus vidas. Apenas leí en la prensa sus palabras, me dije: a Ignacio no le va a pasar lo mismo que a John Houston, ese gran director de cine, que se equivocó de principio a fin cuando filmó su versión de *Bajo el volcán*: convirtió el drama íntimo del Cónsul —un borracho que no habla— en un sainete donde un borracho no para de hablar. Creo que Ignacio encontrará su Parián, ese pueblo apartado del mundo adonde viajan Yvonne y el Cónsul el día de los muertos a ver una corrida de toros y encontrarse con la muerte. Estoy seguro de que de su película hablarán mejor hasta los chivos.

Digo los chivos porque hace varios años, después del estreno de la película de John Houston, estaban dos chivos comiendo desperdicios en un basurero de Ciudad de México, y uno de ellos se encontró un peda-



Taller cuidanderas. Bajos de la Estación Doce de octubre del Metrocable Picacho - Línea P. Diciembre de 2022  
De izquierda a derecha: Daniela Arteaga y Lizet Macías. Fotografía de Hamilton A. Suárez Betancur. Diciembre de 2022

zo de la cinta y empezó a mascar y mascar. Tratándose de un celuloide de última generación y de alta calidad, la tarea no era fácil. Entonces el otro chivo se le acercó y le dijo: “¿Cómo te parece?”. El chivo que luchaba por tragarse el primer bocado dejó de mascar para darle su respuesta: “¡Me gustó más el libro!”.

**Juan José Hoyos** es periodista egresado de la Universidad de Antioquia y escritor. Ha publicado los libros *Tuyo es mi corazón*, *El cielo que perdimos*, *Sentir que es un soplo la vida*, *El oro y la sangre*, *Viendo caer las flores de los guayacanes* y *El libro de la vida* donde se publicó originalmente esta crónica (Dann Regional, Medellín, 2006, pp. 81-86).